

FUENTES VITALES DEL PENSAMIENTO EN AMÉRICA LATINA

GERMÁN GUARÍN JURADO¹

El pensamiento en América latina, las ciencias y la filosofía posibles en América latina, sus mitos y artes, han de leerse no sólo como teoría, como conocimiento acumulado dentro de una tradición escolar institucionalizada, instituida, sino además y, sobre todo, como la experiencia renovada de las comunidades, de los pueblos, de los sujetos, desde sus propias situaciones y territorios, contextos y entornos culturales. El conocimiento científico y filosófico, poético, tiene su fuente prístina en la propia existencia, en la propia vida, en la historicidad misma de los sujetos. Es una verdad muy sencilla, si lo que necesitamos son verdades. No es superponiendo teorías ni a estas parámetros de rendimiento lo que produce el conocer, el ser y el saber nuestro en el continente.

Permítanme referirme a dos grandes pensadores de nuestro tiempo. Enrique Dussel y Hugo Zemelman coinciden en afirmar que la experiencia de vida de los sujetos es la fuente del conocimiento en las ciencias y las artes, en la filosofía, en la religión misma. Porque en realidad lo que presentamos como realidad en la física, en la química, en la biología, en las matemáticas, en la psicología, en la sociología, tiene que ver con nuestras propias construcciones. Nuestras abstracciones son constructos de nuestra experiencia vital, cuando la experiencia personal y colectiva deviene conocimiento. Otra sencilla verdad,

si lo que necesitamos son verdades. Los modelos de realidad que presentamos como objetivos son el producto social e histórico del modo como convertimos experiencia en conocimiento y conocimiento en ciencia, arte, mito, o filosofía.

¿Por qué aceptar parámetros, entonces? Lo que realmente nos moviliza es la libertad de pensamiento. Esa libertad hace al científico, al artista, al filósofo, al sacerdote, al indigente, al funcionario, a la gente de la calle, a los de a pie. Es la espontaneidad de la experiencia que, para la mayoría de nosotros, ocurre sin leyes, sin esas grandes teorías por las que los académicos a veces argumentamos y contra-argumentamos hasta el cansancio. Pensemos en la espontaneidad de la experiencia, pensemos en la libertad de pensamiento, que nos emancipa de los estándares de calidad, de los parámetros, de las unidades de medida con las que hoy se quiere acreditar el saber, la investigación, al investigador. Con los que hoy se quiere elitizar la ciencia, rankear a los pensadores, a los investigadores. Pensemos en la posibilidad siempre latente y presente de configurar las realidades de otro modo a como se quieren implantar. Ese es el juego de la espontaneidad y la libertad, más allá de los límites impuestos.

Pensar también el valor de nuestras prácticas y acciones en la vida cotidiana, en la vida familiar y social, en la vida profesional; es lo que llamamos la acción reflexiva, sistematizar, producir conocimiento y relacionarnos distinto con la tradición teórica. Cuando se piensa en esto es que decimos que en nuestra América latina necesitamos nuevas historias, nuevas palabras, nuevos discursos, sujetos de verdad capaces del conocien-

¹ Director del Centro de estudios en conocimiento y cultura en América Latina. Universidad de Manizales. Doctor en conocimiento y cultura en América Latina del Ipecal-México, licenciado en filosofía y letras de la Universidad de Caldas, magister en educación de la Universidad Javeriana. Docente investigador de la Universidad de Manizales.

to que requerimos desde nosotros mismos. Porque son muchos nuestros problemas sociales y no será rankeando ni cumpliendo

estándares, pensando y escribiendo sólo para revistas indexadas como los vamos a solucionar.

